

pasan por entre los hierros, amorosas, temblantes, buscando carne femenina que estrujar; en las palabras cruje el beso; en las pupilas centellea la entrega. Como fieras en jaula, rugen su amor las criaturas del presidio.

El *Lobo*, caídos los párpados, con la pipa de barro entre los colmillos, sigue el ir y venir monótono de las agujas por la calza de estambre.

III

El nuevo director destinado al penal para corregir su indisciplina, goza opinión de severo en el cumplimiento de sus obligaciones, de temerario ante el peligro.

Justifican sus actos la opinión. Su probidad nadie la discute; sus arrestos, tampoco. Tiene carne de domador. En una jaula habría hecho proezas. En presidio se impone. Siempre supo hacerse respetar, nunca hacerse querer; le falta dulzura. Firmeza sin dulzura es media virtud.

Temerosos de que el director pidiera estrecha cuenta de su proceder a los empleados, trocaron éstos la negligencia en actividad; la blandura, en fiereza; la componenda, en inquisición. Se fué de extremo a extremo rápida, brutalmente, pretendiendo ganar en horas el terreno perdido en años. Los presos rebrincaban al sentir la serreta. Por culpa del *otro* eran los serretazos. Era ya *el otro* aborrecido antes de aparecer.

Pajarito silbaba su ira con silbido suave de reptil. Tenía su cólera palideces lechosas, sin golpes de sangre, sin amarillos de bilis en la piel, sin fue-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GARCÍA"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

go en los ojos, sin fruncimientos en los labios; mansa y páfida era, apenas visible en un ligero temblor de sus manos finas y bien cuidadas.

— Está bien, está bien — monologueaba acariciándose la barbilla picuda. — Está bien. La *pira*, imposible: hasta a los ratones vigilan desde hace ocho días esos vainas. Mis expansiones con *Jaro*, imposibles también. Lo primero se puede perdonar. Lo otro... ¡Por éstas, que me la paga el que tiene la culpaa!

Y ponía las manos en cruz y juraba sobre ellas.

Cuál más, cuál menos, todos los penados maldecían el nombramiento de tal jefe.

Únicamente el *Lobo* permanecía silencioso, impasible, como si la novedad no rezara con él.

Alguien se llegó a preguntarle; su actitud era de gran peso entre la gente del penal.

— ¿Qué dices tú? — fué la pregunta.

— Nada, ya lo ves — la respuesta.

— Pero...

— Mientras no me estorben, lo mismo da uno que otro. Ahora mi capricho está en ese rincón, y en esta pipa, y en este hilo de estambre. Si lo respetan, bueno. Si no lo respetan... Quizás que hubiera en la casa uno menos: el que viene o yo. Así como así, hace tiempo que mis brazos sólo zaran-dean el estambre. Cierío que no hay por delante cosa que merezca la pena.

— En conclusión, ¿qué dices?

— Ná o tó. Allá tú. Yo no tengo más que decir. Ello lo dirá.

Apenas cumplidos los requisitos oficiales en la Administración y en los talleres y departamentos, vacíos entonces por ser la hora de asueto, el director, sin más compañía que el vigilante de servicio, se dirigió hacia el patio.

— No me agrada el anuncio — dijo —. Cogiendo a la gente de golpe, se la juzga también de golpe, sin que el aviso proporcione ocasión al engaño. Los veré, y veremos lo que se hace o lo que se deshace.

Ciñó a su cabeza la gorra de galones, y tomó escaleras abajo.

Junto a él, agarrada a su americana, que puso empeño en no soltar y que no soltó, iba una chiquilla de cinco años.

Rubio era su pelo, que se rizaba sobre la cabeza en carácoles de oro; azules sus ojos, resplandecientes de alegría infantil; redonda su cara, salpicada con hoyuelos en las rosas de los carrillos. Su boca reía a risas espaciadas, tremantes. Canción de jilguerillo nuevo aleteando sobre el nido, semejava el reír.

— Bajo contigo. ¿Verdad, papá, que bajo? La mamá salió con la hermanita. Me da miedo quedarme sola con la criada en un cuarto tan grande. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que voy contigo?

—Sí, criatura; vienes, ¿no lo ves?—respondió el padre, acariciándola.

—¡Voy!... ¡Voy!... ¡Qué rico, qué rico es mi papá!...

La risa fué toque de atención para los presidiarios. Al oírla, quedó en silencio el patio. Todos se miraban inquietos. ¿De dónde venía aquella música, aquel risueño vocear?...

De unos ojos a otros andaba la pregunta cuando la niña entró en el patio. Marchaba delante, tocando apenas el suelo con los pies, sacudiendo su cabeza gentil, golpeando con sus manos de nácar la falda del vestidillo blanco; parecía una paloma volando a ras de tierra.

— ¡El señor director! — voceó el vigilante.

Todas las manos subieron al borde del casquete. Los penados hicieron planta de alinearse.

— ¡Quietos!... Sigán como estaban — exclamó el director—. No vengo a pasaros revista. Como si os hallareis a solas.

A un preso no llegaron la voz del vigilante y las advertencias del director: al *Lobo*. Era sus miajas sordo, y estaba tan abstraído en el punteo de la calza, que no echó cuenta del aviso. Allá lejos, en el fondo del patio, punteaba su media, con los párpados a medio cerrar y la pipa en los dientes.

Los penados seguían inmóviles, sin rechistar. Sólo *Pajarito*, escurriéndose por entre los grupos, llegó cerca de *Jaro* y le murmuró en el oído:

— ¡Ahí está la fiera, *chavó!*

Como despreocupado, comenzó a pasear don Antonio—éste era el nombre del nuevo director—por delante de los reclusos, observándolos al distraído, mientras charlaba con el vigilante.

La niña, que al principio no se apartaba de su padre, fué desviándose poco a poco. Primero avanzó algunos pasos volviendo la cabeza, temerosa de que la llamaran; luego hizo mayor la distancia; al fin correteó libre, desenfadada, por el centro del patio, donde la requería el sol con la risa franca de su luz.

Allí anduvo, haciéndole ronda a un gatazo que la contemplaba con sus ojos amarillentos, y se recogía sobre los lomos, pronto a emprender la huída si la muchacha revolvió contra él.

— ¡Miss!... ¡Miss!... — chicheaba ella—. ¡Toma, monín; toma!

El gatazo huyó cuando la tuvo cerca.

— ¡Tonto!... — gritó la niña, y plegó las manos, haciendo un mohín de disgusto.

Luego echó a andar, sacudiendo su cabecita adornada con caracoles de oro, derramando su risa en rocío de bondad y de amor, sobre aquellos hombres del crimen. Iba de un grupo al otro, sin detenerse ante ninguno; era algo así como una mariposa revoloteando en un estercolero.

Los reclusos seguían el viaje de aquella inocen-

cia con mirares de asombro. Algunos sonreían con sonreír dulce, que dignificaba sus rostros. Otros se tornaban sombríos. No faltó quien bajó la frente para esconder sus lágrimas. Estos criminales engendran.

— Conozco a muchos — decía don Antonio a su acompañante —. Muchos me conocen también. No será difícil meterlos en cintura. Los hay díscolos. ¡Bah!... Estoy hecho a la doma. ¿Quién es aquél? El que hace media. Viejo parece; y feo es como un condenado.

— El más temible de la casa. Vivo está de milagro, que de milagro fué su indulto. Ladrón, incendiario, asesino... Una buena pieza. Nos ha dado mucho que hacer. Ahora lleva seis meses de tranquilidad. No le durará mucho. Una bestia brava. Por supuesto, en cuanto lo nombre cae usted en la cuenta. Es el *Lobo*.

— ¡Ah!

— Le basta decir ¡hala! para que el penal entero le siga.

— Sí. Ya sé, ya sé. ¿Y aquel otro, el de la carilla entrelarga, que se agazapa en el corredor?... ¡Toma, es *Pajarito*!... ¿Anda por aquí ese asco?

Mientras el diálogo prosigue, la niña ha vuelto sus ojos hacia el fondo del patio. Allí también hay sol. Los rayos descenden por el muro, volviéndolo de topacio, y se desparraman por el suelo. A su

lumbre la tierra se dora; hecho niebla rosácea, asciende a la atmósfera el vaho que la tierra húmeda desprende.

Entre aquella niebla se difumina la imagen del *Lobo*. Su cara parece tallada en piedra de montaña; nieve de la sierra son los cabellos al reflejo solar.

Las agujas vienen y van entre sus dedos. La pipa corta, humea; el humo rompe en jironcillos temblorosos...

La niña está cerca del *Lobo*. Avanza de puntillas, sin ser vista por él.

— ¿Haces media, agüelito? — pregunta con su voz suave y melodiosa.

El bandido yergue la cabeza. En sus pupilas cristaliza un asombro imbecil.

— ¡Anda, y qué bien que la haces la media! — continúa la niña —. ¡Déjame, déjame que la vea! ¿Quieres?

Y después de una breve pausa, repite:

— ¿Quieres?

Con sus manitas albas arranca la media de entre aquellas garras vellosas.

El *Lobo* no habla; mira, mira a la criatura como atontado, dando chupazos en la pipa, que se corona de humo azul.

— Oye — añade la criatura —, vas a hacerme unas chiquitinas, muy chiquirritinas, para mi muñe-

ca. Si me las haces bien, te daré muchos, muchos besos: como éste.

Y rodeando con sus brazos la garganta del *Lobo*, besa fuerte en su cara, en el sitio donde dibujó el balazo una estrella.

Es entre rugido y sollozo lo que se encarama por la garganta del recluso; sus labios se contraen; la pipa cae de entre sus dientes; los ojos parpadean rápidos, brillando húmedos entre el matorral de pestañas y cejas; su cuerpo entero tiembla, y sus brazos, aquellos brazos hechos a estrujar gargantas de alimañas y de hombres, cogen a la niña por la frágil cintura, la alzan en alto y la dejan suspendida en el aire, entre la niebla rosa, bajo el polvo áureo del sol.

De un salto llega el vigilante junto al preso y le arrebató de los brazos la niña.

— ¿Qué vas a hacer? — grita mientras acuden el director y un grupo de penados.

— No se asuste, hombre; no se asuste — refunfuña el *Lobo*—. No me la iba a comer.

IV

Para la gente del penal es martirio insufrible la severa disciplina que impone el director. No hace éste sino cumplir estrictamente con ordenanzas y reglamentos; pero los reclusos, acostumbrados a mayor tolerancia, maldicen de quien la trocó en rigidez.

El vino, que antes se contrabandeaba desde las rejas o entraba de oculto por mano de los recaderos, no halla ahora ocasión de meterse en los interiores del presidio; las barajas fueron decomisadas; nadie se atreve a reponerlas; la escuela no es ya mentidero libre donde se conciertan delitos y se preparan falsificaciones; los cacheos se hacen en regla; ni en hombre, ni en camastro, ni en muro se deja hueco por registrar. Suprimidos también quedaron el cobro de baratos y las esgrimas de alpargata y cuchillo. Con rigor se penan las burlas feroces que los fuertes hacen al débil en estos lugares donde la piedad es flaqueza y la crueldad orgullo de quien la ejercita, envidia de quien la ve poner por obra.

Atendidos escrupulosamente, cuidados con es-

mero, disfrutando de buen rancho, de lecho limpio, de libertad para toda lícita expansión, los presos maldicen de su jefe. Por su culpa, faltan en el presidio la alegría canalla que produce el alcohol, las emociones que el azar trae y lleva, las ventajas que el fuero de la guapeza otorga. No importa que el alcohol asesine, que los naipes despojen, que la guapeza escriba con sangre su historial. Tal es el ambiente de aquellas criaturas; lejos de él se asfixian; los buenos ranchos les saben a bazofia; como en potro de tortura, se retuercen sobre el camastro limpio.

Así discurren ellos, desasosegados, febriles. En el patio, durante las horas del asueto, todo se vuelven conciliábulos y protestas, y planes que se traman y se destraman de minuto a minuto. El rencor y la rebeldía flotan invisibles entre los grupos; vibran en las voces, relampaguean con sombrío resplandor en los ojos.

Burlando la estrecha vigilancia, *Pajarito* halla ocasión de hablar a solas con el *Jaro* en un rincón lóbrego del pasillo que comunica los talleres.

— ¡Que no aguanto más, ea! — dice el *Pajarito*—. Cuando la ocasión no se ofrece, se busca.

— Buscarla..., buscarla... Ni que eso fuera fácil.

— Jugándose la piel, siempre es fácil. ¿Tienes herramienta?

— Aun me queda un cuchillo.

— Yo tengo otro y una lima y los menesteres que hacen falta. Ahí te va la lima. Guárdala. Esta tarde, en tan y mientras estamos en el patio, te das la vuelta y, por la trasera de la capilla, te escabulles. La reja está bajo la tarima del altar mayor: limas los tres hierros, dejándolos pa que se suelten de un embite. A la vera está el muro. Escalarlo no es un imposible; después, fuera. Peor pa el que esté en la garita.

— El *Lobo* dijo que no venía con nosotros.

— ¡El *Lobo*! ¡El *Lobo*!... Tampoco es menester. Pa mí que ese hombre se ha vuelto más bruto de lo que era. Anda como atontao. No nos hace falta. Ya encontraremos quien nos guíe. La cuestión es *najar*. Tú corta los hierros... Lo demás déjalo de mi cuenta.

— Pero...

— Ha de ser esta noche. El cabo está hablao. Cuando el vigilante pase a los dormitorios últimos, escurrimos nosotros. Una vez en el patio, la tarea es corta... ¡Hala! No te olvides: a limar los hierros esta tarde.

— ¿Y si me sorprenden?

— ¿Pa qué llevas el cuchillo?, ¿pa hacer *croché*? Si te sorprenden, pincha. Ya que no salgas, que no salga el que te lo estorbe. ¿Conformes?

— Conformes.

Cuando *Pajarito* y el *Jaro* se estrechan las ma-

nos, un hombre sale del taller y pasa por junto a ellos.

— El *Malagueño* — murmura *Pajarito*.

— A ver si se *chiva*, y dice que nos ha encontrao juntos.

— No se atreve. Sabe que juega el pasapán.

— Hasta luego, pues.

— Hasta luego. Yo vigilaré en el patio mientras faenas tú. Y si ello es posible, esta noche tendrás aviso por el cabo. No se descuidará; le vale diez *varés* (1).

Siguiendo el plan de *Pajarito* llegóse el *Jaro* a la puerta falsa de la capilla, un postigo herrumbroso que no cuidaban de cerrar y que no se utilizaba para el servicio desde hacía gran tiempo.

Nadie echó cuenta en la escapatoria. Distráido cada cual en sus propios asuntos, fué empresa fácil para el *Jaro* dar vuelta a la capilla sin que le atisbaran. Era cuenta de *Pajarito* avisarle si alguien sospechoso acudía al patio o se aproximaba al postigo.

Dió, pues, la vuelta al muro. Mientras la daba y *Pajarito* le hacía un guiño postrero de estímulo, el *Malagueño* se escurría hacia los altos del penal.

A espaldas del altar, oculta a los ojos por una

(1) Duros.

tarima apolillada, estaba la reja que habría de abrirles camino hacia el muro exterior. Tal vez no fuera conocida de ningún empleado; a fecha muy antigua se remontaba el emplazamiento de la tarima oculadora.

Corrióla el *Jaro* de un embite y quedó la reja al descubierto. Era un angosto tragaluz; deslizarse por él sería hazaña para un hombre delgado; para una criatura del presidio resultaba fácil empeño. Estos seres, en quienes el ansia de libertad impera sobre todo, educan nervio y músculos para la fuga con gimnasias inverosímiles.

Trepan, sirviéndose de los codos, por el ángulo de paredes lisas, donde fracasaría una salamanquesa; saltan, sin quebranto de huesos, desde alturas que traerían a otros la muerte; vuelven sus imágenes invisibles con la sombra más tenue; de un alambre hacen cuerda, de un clavo asidero, de un muelle de reloj sierra y lima. Su cuerpo es elástico, goma que se encoge y se estira y se moldea a voluntad. Ante la angostura, el gordo es flaco y, flaco o gordo, sabe ser topo para bucear bajo tierra, pez para sumergirse en el agua, pájaro para sostenerse en el aire. Siempre más lejos que vaya uno con la imaginación, van con la realidad estos hombres cuando se trata de ser libres.

La faena encomendada al *Jaro* era breve. No precisaba limar hierros; deshecha por años y hume-

dades la firmeza de trabazón en los adoquines, era fácil desmontarlos y dejar al vano los barrotes.

Esto hacía el *Jaro*, valiéndose del cuchillo como de un pico y de la lima como de una palanca. Pronto quedaría franco el boquete; luego, a empujar contra él la tarima y a esperar la noche.

De espaldas al postigo, tumbado a la larga, sin mover ruido alguno, trabaja el consorte de *Pajarito*.

Éste pasea por el patio, embebido en la lectura de un periódico; sus ojos no van una vez sola en dirección de la capilla.

— Oye, Paquito — le dice un vigilante, que llega de la Dirección —; ven al cuarto de guardia, que has de firmar unos papeles.

Y sin darle tiempo de avisar, le lleva pasillo adelante.

El *Jaro* sigue en su faena, absorto en ella, descuidado, seguro de que su consorte le avisará, con tiempo de más, al menor asomo de peligro. De pronto siente que dos manos se apoyan sobre sus hombros. Vuelve la cabeza, y se halla de solo a solo con el director.

No hay palabras. El *Jaro* da un salto, y se revuelve, cuchillo en mano, contra quien le sorprende. Éste le coge por la muñeca, le arranca el cuchillo, le zarandea brutalmente, y arrastrándole primero, cogiéndole en vilo después, sale con él de la capilla.

— ¡A ver! — exclama, tirando al *Jaro* contra los adoquines —. ¡Bajar a éste y amarrádmelo en blancas!...

Esto es rápido, apenas vislumbrado por *Pajarito*, que vuelve del cuarto de guardia, donde le llevaron para que no frustrara la sorpresa.

Pero es también rápido en *Pajarito* el echarse atrás, y recoger los músculos, y empuñar la faca y caer sobre el *Malagueño* con un salto de tigre.

No hace más que tocarle y retroceder de otro salto al punto de partida.

El *Malagueño* abre los ojos desmesuradamente, da una vuelta en redondo y cae, arrojando por el sitio del corazón un chorro de sangre.

— Y va uno — silba la voz fina de *Pajarito*.

V

Desde su encuentro con la niña tornóse el *Lobo* aún más huraño, aún más ajeno al vivir de los otros reclusos.

En el taller, no ya dirigir la palabra, cosa en él corriente, ni mirar a nadie quería; encorvado sobre la herramienta pasábase las horas. En las de asueto iba a su rincón, como de costumbre. Sólo que, antes, su labor calcetera no tenía pausa como no fuese para renovar el cargamento de la pipa y arriar un mixto al tabaco.

Ahora, por largos espacios de tiempo permanecen las manos ociosas, las agujas sin danzar encima del estambre. Los párpados, caídos antes al suelo, se alzaban ahora para que los ojos subieran al espacio por entre el matorral de pestañas y cejas; la pipa colgaba de sus dientes apagada, sin alma, sin jironcillos de humo azul que flotasen sobre sus bordes.

Cuando algún penado solicitaba su conversación, parecía escucharle, al menos no le interrumpía; pero si el penado, concluido su palabreo, pre-

guntaba al *Lobo* «¿Qué dices?», éste respondía: «¿Qué es lo que has dicho tú?»

— De por fuerza que los años y el vivir sin trato ninguno le están volviendo idiota — afirmaban los presos en las conversaciones que sostenían respecto del *Lobo*.

Su idiotez fué cosa descontada. Algunos cuchicheaban y reían cuando pasaban cerca de él. El *Lobo* encogía los hombros ante risas y cuchicheos.

No faltó quien tomara los encogimientos por debilidad, por flaqueza senil. Seguro en juicios tales, un mocito, recién llegado y con fama de matamoros, quiso hacer un desplante y se permitió hablar al *Lobo* con desprecio y empujándole para que le cediera el paso cierto medio día, cuando bajaban del taller.

El *Lobo* sonrió con una de aquellas sonrisas feroces, peculiares en él cuando atacaban su realeza. Sus brazos se alzaron en alto para desplomarse contra el provocador. No fué golpe el suyo, no fué estrujamiento brutal; fué, coger al mozo, levantarlo a pulso, sin cuidarse de su perneo, mirarlo hito a hito, y ponerle en tierra suavemente, desdeñosamente, sin dejar de reír.

— No tanto, mocito; no tanto — exclamó —. Vaya por la primera vez; pero lleva cuidao. Si repites, te apiolo.

Encogiendo los hombros, volvió despacio a su

rincón. Arrimó un fósforo a la pipa, ardió el tabaco, y los jironcillos de humo azul tomaron el viaje de la atmósfera, seguidos por los ojos impasibles del viejo. Sólo hacía excepción en sus esquiveces para un penado que servía al director de ordenanza. Un buen hombre, a quien el hambre metió en el presidio al tanto de purgar delitos de estafa que, mirándolos bien, eran urgencias de miseria.

A este infeliz, que llevaba ocho años de condena al pago de unos meses de pan para su familia y para él — no fueron los intereses cortos —, concedía el *Lobo* los honores de conversaciones muy largas. Hasta iba en su busca cuando el ordenanza, por culpa de obligación o por inadvertencia, no venía a encontrarlo.

Y siempre hablaban de lo mismo, y siempre a lo mismo se encaminaban las preguntas del *Lobo*.

— ¿Qué tal por allá arriba?

— ¡Ptchs!

— ¿No te trata bien el director?

— Así, así. Malo no es, ¿sabes tú?; pero tiene unas brusquedades... Su señora sí que es un ángel. ¡Y las niñas! ¡Sobre todo la más pequeña! Nunca vi diablillo más alegre y más cariñoso. Es una joya la Antoñita.

— ¡Antoñita!... — repetía el *Lobo* ansiosamente, de un firón, aspirando las sílabas como si las sorbiera. Luego tornaba a repetir el nombre. Entonces

ya no era prontamente, era despacio, muy despacio como lo repecía, separando las sílabas, paladeándolas, recreándose en cada una de ellas: An...to...ñi...ta... An...to...ñi...ta...

— ¿Y qué ha hecho hoy? ¿Qué ha hecho hoy? Esta pregunta era diaria.

— Pues, hombre — le contestaba el ordenanza —, lo que ayer, lo que anteayer... Lo que hacen los chiquillos: jugar, reír, inventar diabluras. Hoy... figúrate que hoy se ha empeñado en que el padre la pasee a cuestas por la galería.

— ¿Y el padre?

— El padre con la hijas es un babioca, un infeliz. ¡Halal..., a los hombros. Ella, jarrel, jarrel!... Él trota que trota. Lo menos han dao ocho vueltas.

— Miá tú, miá tú... — interrumpe el *Lobo* —. ¿Lleva hoy el vestido blanco? — añade después de una pausa.

— Hoy no. Hoy lleva un traje color rosa.

— ¡Color rosa!...

Así es todo los días; y todos los días trae el ordenanza alguna diablura nueva que contar, algún suceso de allá arriba, con los que el *Lobo* se distrae.

Cuando el ordenanza, vacío ya el saco de sus chismes, se despide del bandolero, éste le sigue con los ojos. No los separa de él hasta que desaparece por la escalera de la Dirección.

Va ya para dos meses que el nuevo director tomó posesión de su cargo, y va para ocho días que salió de su calabozo *Pajarito*. El *Jaro* salió antes.

Es grande el descontento entre la gente del penal por las rigideces con que la trata el director, por el no poder salirse de la consigna y de la ordenanza sin sufrir castigo.

De día en día crece el malestar entre aquellos hombres, privados de libertades que antes les toleraban. Una nube de odio flota en la atmósfera del penal, condensándose más y más a cada hora, a cada minuto que pasa.

Ni juego, ni vino, ni tertulias en el dormitorio; todas las combinaciones deshechas; todos los planes que se trazan con los de fuera del presidio, descubiertos; descubiertos los nidos de armas. Y si alguno se escurre, calabozo y blancas a destajo...

¡Vaya, que no y que no! Era preciso hacer alguna cosa; enterar a aquel hombre de que a los hombres se les trata de otra manera.

Algo... Pero ¿qué? ¿Cómo?...

Sólo faltaba que uno lo indicase, que uno dirigiese la rebelión para que estallara.

Aquel alguien fué *Pajarito*.

— No hay más que un modo — dijo con su vocecilla de mujer a los notables del penal —. Muerto el perro, se acabó la rabia. Quitándole de en medio no amolará más a la gente. En haciéndolo bien,

averigua quién te dió, y a otro asunto. Siendo todos y callando todos, no nos van a meter a todos el pescuezo en la argolla.

— ¿Y cómo hacerlo?

— Muy sencillo. Lo vengo cavilando hace un mes. Él va todas las noches a los dormitorios. El nuestro es el primero. Cuando entra en los otros, los vigilantes le acompañan. Se le deja entrar. Se levanta de puntillas todo el dormitorio; la mitad a cada lado de la puerta. Cuando la repase... ¡zas!... En un viaje está listo. De ese viaje me encargo yo. Y ya sabéis que soy seguro. Ahí esta el *Malagueño* pa muestra.

— Pero...

— Hay que contar con todos los del dormitorio, lo sé. Ahí está la faena. Pero, vaya, nadie se negará. Están hasta los pelos.

— ¿Y el *Lobo*?

— A ése no hay que decirle pío. Está lelo. Cuando quiera abrir los ojos ya habremos terminao. Si estáis conformes, dejar la cosa de mi cargo.

Pasaron ocho días, y a su término, *Pajarito*, acercándose al grupo que formaban los notables de la conjura, dijo serenamente:

— Esta noche.